

nidamente, lo encontrará suficientemente explicado con los documentos necesarios en la obra de Pitkin titulada: *Historia civil y política de los Estados-Unidos*.

Con este ligero bosquejo sobre el estado de los negocios públicos en aquella época el hombre estudioso que desea conocer la historia, comprenderá por qué Washington hubo de luchar con tantas dificultades y

contratiempos, y por qué los verdaderos amantes de su país y de sus libertades tuvieron que lamentar con frecuencia la inmoralidad y vicios de aquella época, desesperando casi de obtener su independencia. ¡Lado sea Dios por haber permitido fueran constantes hasta el fin! ¡Lado sea Dios porque les permitió llevar á cabo su proyecto!

APÉNDICE AL CAPITULO VI.

CIRCULACION DEL PAPEL CONTINENTAL.

En el moderno sistema de hacer la guerra, el dinero no es menos esencial que el valor en el campo de batalla, ó la sabiduría en el gabinete, pues ya es cosa notoria que la bolsa mas repleta decide del destino de las naciones con tanta frecuencia como la espada mas larga. Las rentas creadas por la Gran Bretaña sirvieron no pocas veces para contener los impetuosos arranques de los fundadores del imperio americano, cuando luchaban por su libertad sin medios seguros de defensa; y encontrar un remedio á este mal fué una de las cosas en que se fijó preferentemente la atencion de los mas sabios políticos. El oro y la plata, segun era sabido, solo tenian una existencia ficticia en el país, y no habia cantidades suficientes para atender á los gastos de la guerra, ni era dable traer metálico del extranjero, porque se habian cerrado las vias de comunicacion en el comercio, por haber resuelto voluntariamente el Congreso suspenderlo. Como América no habia pagado nunca impuestos de una manera directa ni tenia gobiernos establecidos, y como luchaba en fin contra lo que fué luego una autoridad ilegal, no podia imponer inmediatamente una contribucion, con tanta mas razon cuanto que si se luchaba para no pagar aquella, crear impuestos adecuados á las exigencias de la guerra parecia inconveniente aun cuando hubiera sido practicable. El único medio que quedaba pues era emitir letras de crédito, representando un valor que debería luego satisfacerse en oro ó plata. Habíase adoptado esta costumbre desde el establecimiento de las colonias, y observando las debidas restricciones, siempre resultó ser muy ventajosa semejante medida. Asi pues, cuando en junio de 1775 se resolvió organizar un ejército, acordóse acto continuo emitir letras de crédito por valor de dos millones de duros, á cuya suma se añadió otro millon en 25 del mes siguiente. El pago de esta cantidad debía cubrirse por las diversas colonias confederadas y se dispuso que cada una de ellas satisficiera la cuota que le correspondiera en cuatro plazos anuales á empezar desde el día último de noviembre de 1779, en cuya fecha se esperaba que ya estaria terminada la lucha. Habiendo hecho el Congreso el 29 de noviembre de 1775 un cálculo aproximado de los gastos ocurridos y que pudieran ocurrir para sostener la guerra hasta el 10 de junio de 1776, acordóse emitir de nuevo una suma de tres millones de duros que

se satisfarian en la misma forma que las otras cantidades, es decir, en plazos anuales, á contar desde el mes de noviembre de 1779, resolviéndose al mismo tiempo que cada colonia abonase la cuota que estuviera en relacion con el respectivo número de habitantes. Este cálculo se hizo en la creencia de que antes del día 10 de junio de 1776 se llevaria á cabo un arreglo, y por lo tanto todos los contratos que entonces se hicieron para reunir hombres y dinero se sujetaron á un plazo fijo, y se fundaban en la supuesta probabilidad de una reconciliacion. A principios de 1776 el Congreso tuvo noticia de que la Gran Bretaña acababa de enganchar diez y seis mil mercenarios extranjeros con el fin de someter á la América, y entonces se hizo necesario continuar la defensa hasta el día 10 de julio próximo, por cuya razon en 17 de febrero de 1776 se emitieron cuatro millones de duros, y el 9 de mayo y 22 de julio siguientes otros diez con las mismas condiciones. Tal era la animacion que reinaba en aquella época que todo el papel que se emitió representando un total de veinte millones de duros, circuló durante algunos meses sin experimentar ninguna baja, y gracias á esto se pudo atender á los gastos del país y al servicio público con la misma suma de oro y plata que antes habia. Durante mucho tiempo los Estados-Unidos, aun cuando no tenian fondos para realizarlo, obtuvieron tanto beneficio de este papel, creado por ellos mismos, como si se les hubiera dado la misma cantidad en metálico, y mientras que el ministerio inglés se revolvió en todos sentidos y apelaba á todos los medios para crear impuestos á fin de adquirir recursos, el Congreso los encontraba con un papel de ningun valor intrínseco.

Pero habiéndose declarado la independencia en el segundo año de la guerra, y no siendo ya el mismo el objeto con que se empuñaron las armas en un principio, era evidente, no solo que se necesitaba mas dinero, sino que las letras de crédito se multiplicarian en la circulacion, bajando por lo tanto su valor. En su consecuencia, acordóse en 3 de octubre de 1776 contraer un empréstito de cinco millones de duros, y en el mes siguiente establecióse una loteria para obtener mayores sumas; pero los gastos de la guerra eran tan exorbitantes, que aun cuando se recogieron grandes cantidades de metálico no hubo bastante para cubrir aquellos. Los hombres del gobierno de América creyeron aun

prematureo crear un impuesto, y por lo tanto y atendida la facilidad de adquirir auxilios haciendo letras de crédito, y la buena voluntad con que las aceptaba el pueblo, recurrióse de nuevo a las emisiones y el Congreso aumentó la cantidad de papel mas allá de los límites de la prudencia, siendo la inevitable consecuencia de esto una baja notable en el valor de los billetes. Esto no se notó en un principio, pero bien pronto debían tocarse los resultados, por mas que gracias al celo del pueblo, interesado en las operaciones mercantiles, pudieran llevarse á cabo las campañas de 1776 y 1777 sin que á nada afectase la baja del papel puesto en circulación. Mas el Congreso comprendió que no se podía seguir así, y por lo tanto, el 22 de noviembre de 1777 recomendó á los diversos Estados que crearan impuestos á fin de recoger la suma de cinco millones de duros que se necesitaban para la campaña de 1778. Antes de esto habíase acordado pedir á préstamo considerables sumas, y para estimular á los prestamistas, se convino en abonar los intereses con letras de cambio pagaderas en Francia; pero ni este medio ni la creación de impuestos obtuvieron buen éxito en diversos Estados, y en la imposibilidad de encontrar dinero suficiente, resolvióse hacer nuevas emisiones, aun cuando el valor de los billetes decrecía á medida que aumentaba el número de aquellos. Entonces el Congreso, deseando evitar esto y reunir un fondo para realizar el papel que circulaba, percibió á los Estados en 1.º de enero de 1779 á fin de que satisficieran al tesoro continental sus respectivas cuotas de cinco millones de duros, destinados al servicio de aquel año, y la de seis millones anuales pagaderos desde 1779, con los cuales debía realizarse el papel y satisfacer los débitos.

Además de los quince millones, cuyo pago se exigía para 1.º de enero de 1779, se dispuso que los Estados satisficieran en 21 de mayo siguiente sus respectivas cuotas de cuarenta y cinco millones de duros, y deseando el Congreso contener la baja del papel, creó impuestos considerables proporcionados á las exigencias del público y á la disminución del valor de los billetes. Estos medios no bastaron sin embargo para obtener el resultado apetecido, pues á causa de la fluctuación de los valores era imposible hacer un cálculo exacto, porque una suma pedida tal ó cual día y que hubiera bastado en el acto para satisfacer las exigencias del servicio público, era insuficiente cuando ingresaba mas tarde en el tesoro. La depreciación empezó en distintos periodos y diversos Estados, pero se hizo general hácia mediados del año 1777, aumentando progresivamente durante los tres ó cuatro que siguieron. Poco despues, la circulación del papel llegó á ser parcial, pero donde le habia bajó en la proporción de ciento cincuenta por uno; en algunos puntos se admitió aun durante los cuatro ó cinco primeros meses de 1781, mas en esta última época muchos no le querían á ningún precio, y los que lo aceptaban exigían una rebaja de varios cientos por uno.

Esto dió lugar á infinitas quejas, y para acallarlas se dispuso en el mes de octubre de 1779 que no se emitiera mas suma que la precisa para componer doscientos millones de duros con el metálico que ya hubiera en circulación, resolviéndose al mismo tiempo que el Congreso no facilitara por

su parte mas cantidad que la estrictamente necesaria para atender á las exigencias públicas, hasta tanto que se recibieran auxilios de los diversos Estados. Esto se puso en conocimiento de los representantes por medio de una circular en la cual se encargó eficazmente á los Estados que no desajasen de suministrar los oportunos auxilios destinados á cubrir los gastos de la confederación, si querían evitar los males sin cuento que resultarían de su descuido. En dicha circular indicóse la posibilidad de realizar todas las letras del Congreso á la par con oro ó plata, y se rechazó la suposición de que los Estados pudieran nunca desacreditarse por faltar á sus compromisos. Semejantes declaraciones en favor de la circulación del papel moneda indujeron á muchos á tener confianza en lo que debía arruinarlos, y el mismo Congreso se vió en la precisión de adoptar en 1780 la medida que rechazara en el año anterior.

Poco despues de la publicación de su circular y á causa de no haber cumplido los Estados con sus compromisos, se vió obligado el Congreso á emitir una cantidad que adicionada á las anteriores emisiones, compuso el total de doscientos millones de duros, y á esta inmensa suma añadiase el papel de los diversos Estados, que ascendía tambien á muchos millones y que vino luego á mezclarse con los billetes continentales, siendo esta la causa de la depreciación. Lo que antes valía poco, valía entonces menos; bien pronto se gastó todo, y á pesar de esto, á consecuencia de la baja, no fué posible satisfacer las necesidades del ejército. La fuente que por espacio de cinco años habia facilitado recursos al Congreso para que su ejército continuase la campaña se habia agotado ya, y el general Washington se vió reducido por algun tiempo á la alternativa de desbandar sus tropas ó mantenerlas recurriendo á la fuerza armada. El comandante en jefe prefirió lo último, y los habitantes de Nueva-York y Nueva-Jersey se sometieron pacíficamente á esta violencia porque comprendieron que era necesaria.

Poco despues se exigió á los Estados, con el carácter de impuesto especial, que suministrasen en vez de metálico, determinadas cantidades de vaca, tocino, harina y otros artículos de consumo para el ejército; pero como la experiencia demostrara que este nuevo medio era á la vez inconveniente y costoso, se desistió de él al poco tiempo. Por entonces resolvió el Congreso recurrir á otro expediente, cual fué el de emitir una nueva clase de papel moneda bajo la garantía de los diversos Estados, debiendo realizarse los billetes antiguos con el producto de ciertos impuestos, pero abonando solo un duro de la nueva emisión por cada veinte de las anteriores, de modo que cuando estuviese amortizado el papel que representaba los doscientos millones, y que debía quemarse luego, solo quedarían en circulación diez millones. Los nuevos billetes serían pagaderos en el término de seis años con un interés de cinco por ciento, que se satisfaría tambien en metálico, al cumplir dicho plazo, ó bien por anualidades en letras de cambio contra los comisionados americanos en Europa, si así lo prefería el acreedor.

Llevando á cabo estas medidas se esperaba amortizar el papel antiguo, reducir la circulación de aquel á un tipo fijo, facilitar á los Estados los medios de atender á sus necesi-

dades y proporcionar por último al Congreso suficiente dinero para cubrir los gastos de la guerra. Que se habrían obtenido estos buenos resultados en el caso de haberse puesto en ejecución el plan del Congreso, es una cosa muy cuestionable, y solo diremos aquí, que á causa de las condescendencias de los Estados, el ensayo no se hizo bien y el nuevo papel sirvió de muy poco. Por aquel tiempo habia decaído ya el entusiasmo popular, perdiéndose á la vez la confianza que antes se tenia en los contratos públicos, pues la experiencia probó que el crédito es una cosa demasiado delicada para jugar con ella y que solo puede sostenerse con la honradez y la puntualidad. Habiéndose frustrado los diversos medios adoptados por el Congreso para adquirir fondos, siguióse una crisis muy interesante por cierto para los sucesos de la revolución. Ya hablaremos de esto al referir los hechos ocurridos en 1781, y por ahora terminaremos este asunto con algunas observaciones acerca de las letras de crédito continentales que fué la causa primitiva de haberse declarado la independencia de América.

Hubiera sido imposible hacer la guerra sin dinero, pues si bien es cierto que habia suficiente entusiasmo en América para que sus hijos se lanzasen al campo de batalla en un número mucho mas considerable que el de las tropas que pudiera presentar Inglaterra, no lo es menos que esto mismo es lo que todos trataban de evitar. Su principal esperanza se fundaba en observar invariablemente un sistema de guerrilla á fin de fatigar al enemigo, pero los continuos esfuerzos que deben hacerse para esta clase de defensa no podían esperarse de ningún modo de la impetuosidad de la milicia, y por esto se hizo necesario organizar un ejército regular y permanente. Aunque el entusiasmo de aquella época era suficiente para que no se pensara en el dinero, debemos reconocer sin embargo que sin tener cuando menos lo preciso para mantener á las tropas en el campamento cualquier ejército se habria dispersado.

La imposibilidad en que se hallaban los americanos de adquirir oro ó plata fué una de las cosas que seguramente indujeron á los ingleses á resolver la cuestión con la punta de la espada. Lo que conocieron que no podía hacerse por los medios ordinarios, se llevó á cabo por los extraordinarios, y así pues, con un papel que no tenia valor intrínseco alguno se querían pagar todas las cosas y los crecidos gastos de cinco campañas. Debíase esto en cierto modo á la confianza que siempre reinara, hija de la honradez y de la buena fe, y sobre todo á la exactitud y puntualidad con que siempre se cumplieran los compromisos del gobierno, pues desde Nueva-York á Georgia no habia habido nunca un solo ejemplo de que se abusara de la fé pública tratándose de cuestiones de dinero. Los muchos gastos á que era preciso atender y la escasez de oro y plata hicieron preciso emitir letras de crédito que se descontaron luego uniformemente y con la mayor puntualidad; y en vista de esto, todas las letras del Congreso puestas en circulación se recibieron favorablemente y con la mayor confianza, con tanta mas razón cuanto que era grande el entusiasmo del público. Que debía defenderse la amenazada libertad de América, y que para ello se hacia esencialmente necesario acreditar su papel,

era opinion arraigada ya en la mente de los ciudadanos, y por lo tanto considerábase un punto de honor, y hasta un deber, aceptar las letras por todo el valor que representaban. Tan poco interés se tenia en la ganancia particular, que los Whigs preferían esponerse á todos los azares inherentes á las letras de crédito, mas bien que perjudicar á la causa de su país, desvirtuando el valor de su papel. Pero todas las cosas humanas tienen su límite: mientras que el crédito iba sosteniéndose gracias á la confianza del público y del patriotismo, disminuía el valor del papel segun iba aumentando la cantidad de este, siendo las repetidas emisiones la causa principal de la depreciación, pues hubo otras varias que afectaron al crédito del mismo. Por una parte los enemigos de América falsificaron ingeniosamente é introdujeron en la circulación de los Estados-Unidos una infinidad de billetes y letras de crédito; y por otra el Congreso asignó á sus agentes públicos una comisión sobre el valor de sus compras, dando con esto lugar á que aquellos, en vez de hacer todo lo posible por comprar á bajo precio, se interesaran en pagarlo todo mas caro. Tan graves perjuicios resultaban de semejante medida, que el sistema inglés de suministrar víveres al ejército por contrata no podia ya merecer la aprobación del Congreso, y mientras que esta y otras causas empeoraban la situación, íbase perdiendo la confianza del público y se estinguía por momentos aquel ardiente patriotismo por el que se despreciaban los intereses en otra época anterior. Para evitar ó retardar cuando menos la depreciación de su papel moneda, el Congreso trató de mantener su crédito por medios que perjudicando á la moral del pueblo, no produjeron el resultado apetecido. Así por ejemplo recomendó á los Estados que hicieran una ley para regular el precio de las fabricaciones y de toda clase de artículos de lujo ó de comodidad, y otra para confiscar y vender los bienes de los Tories, convirtiendo en papel las cantidades que se obtuvieran de la venta. Además de esto, como muchos de los que no aprobaban la revolución se negaron absolutamente á tomar las letras de crédito, aun á principio de la guerra, cuando su valor real y nominal era el mismo, el Congreso á fin de contrarrestar las maquinaciones de sus enemigos, recomendó á los Estados dictase una ley para que el papel moneda se aceptara como dinero corriente en el pago de deudas *bona fide* aun cuando se hubiese estipulado reintegrar en oro ó plata. Con el mismo fin el Congreso dispuso además que cada uno de los Estados dictara una ley ordenando que, «todo aquel que pidiera ó recibiese en oro, plata ó en especies mas cantidad de la representada en las letras, ó el que ofreciera vender artículos pagando en metálico y rehusara aceptar papel, seria considerado como enemigo de las libertades de los Estados-Unidos y se le decomisarian los efectos que figurasen en la venta.» Las leyes que luego hicieron los Estados para regular los precios de toda clase de artículos no pudieron ponerse en ejecución en vista de las dificultades que se presentaron al llevarlas al terreno de la práctica, pues si bien las observaron unos cuantos verdaderos patriotas que se hallaban dispuestos á sacrificarlo todo por el amor á su país y que implícitamente obedecían cuanto mandaban los hom-

bres del gobierno, hubo en cambio otros que ni hicieron aprecio de ellas ni hubo medio de hacérselas cumplir. Por lo demás estas leyes, mas bien que otra cosa, causaron un perjuicio que hubiera sido mucho mayor á no haberse resuelto la supresion de aquellas, porque á los hombres no les gusta hacer sacrificios sin esperanza de obtener el fruto de ellos.

La confiscacion y venta de los bienes de los Tories produjo muy poco para el tesoro público, pues las ventas se hicieron generalmente á crédito y por la progresiva depreciacion, lo que era caro al hacerse la compra, era muy barato al verificarse el pago. Al terminarse la guerra, vióse por otra parte cuan malos resultados se obtenian de las diversas leyes que dictaron los Estados anteriormente, sobre todo la que disponia que las letras se considerasen como dinero corriente, tratándose de satisfacer deudas contraidas con la condicion de pagar en oro ó plata.

Cuando se adoptó primeramente esta medida era injusta, porque en aquella época el valor de las letras se cotizaba á la par con el oro ó la plata, pero cuando mas adelante empezó á bajar el valor del papel el caso era distinto, resultando que ciertas leyes, inocentes en un principio, se convertian en injustas é inconvenientes.

Los hombres de edad avanzada que se habian retirado de la vida activa para disfrutar del fruto de su trabajo vieron bien pronto agotarse sus recursos sin quedarles apenas lo necesario para atender á su subsistencia; la pobre viuda que en otro tiempo vivia cómodamente con el legado de su difunto esposo, vióse reducida á la mayor escasez porque las leyes la obligaban á recibir un *shillings* cuando se la debia una libra esterlina; la cándida niña que habia nacido con un indisputable derecho á disfrutar de un estenso patrimonio, fué legalmente despojada de todo menos de sus encantos y virtudes; el huérfano desvalido, en vez de recibir de su apoderado una cantidad suficiente para establecerse, tuvo que ceder de sus derechos, y en muchos casos los ahorros de una larga vida de continuo trabajo quedaron reducidos á una insignificante suma. Pocas personas pudieron escapar de estas calamidades, trasladando á otra parte sus bienes ó huyendo del punto donde se hallaban sus acreedores, pero debemos consignar que los males que resultaron de las diversas medidas adoptadas por el Congreso y los Estados respecto al papel moneda, fueron mas bien hijos de la ignorancia que del deseo de perjudicar á nadie.

Hasta el año 1780, cuando las letras se cotizaban á razon de cuarenta por uno, se creyó por los hombres de gobierno y hasta por la mayoría del pueblo de América que todo el papel puesto en circulacion se reduciria luego, apreciándolo por el valor que representase, cuando se descontara por oro y plata; pero tanto en este como en los demás asuntos de gobierno los americanos procedieron desacertadamente por ignorancia, si bien los mayores perjuicios recayeron siempre en las negociaciones que se relacionaban con el dinero.

Tales fueron los males que resultaron del papel moneda, mas no obstante debemos convenir que este produjo un gran beneficio á muchos y que fué en todos tiempos

el auxilio del pobre. Cuando era corriente pagábanse puntualmente toda clase de trabajos, y en los primeros años de la guerra á nadie le faltó ocupacion y á ningun empleado dejaron de gratificársele sus servicios, debiendo observar que aquella clase de gente que vivia de su trabajo diario no tuvo que sufrir las consecuencias de la depreciacion, pues como gastaban su dinero tan pronto como lo recibian, no perdian nada en el cambio, en tanto que á los ricos y personas acomodadas sucediales lo contrario. Seguramente que ninguna ley agraria tuvo nunca tanta aplicacion como el papel continental. Los pobres se hicieron ricos y estos llegaron á ser pobres; los prestamistas y todos aquellos que por sus circunstancias tenian crédito salieron muy perjudicados, pues cuando aquel bajaba sufrían la misma suerte sus capitales, mientras que las personas activas é industriosas se indemnizaban igualando el precio de sus servicios con el precio corriente del papel. La esperiencia que se adquirió en aquella época sirvió para inculcar en los jóvenes lecciones saludables, haciéndoles comprender lo inconveniente que era contar con los bienes paternos, y la necesidad por lo tanto de trabajar para sí. A los que tenian deudas erales fácil satisfacerlas si contaban con alguna propiedad de cualquiera clase; todos los efectos que se llevaban á vender á la plaza encontraban comprador al momento si eran de alguna utilidad; con un cerdo ó dos pagábase un esclavo; con un poco de ganado comprábase una casa cómoda, y un buen caballo satisfacía el precio de una plantacion. Para el pobre y el deudor realizáronse los sueños de la edad de oro, pero desgraciadamente lo que estos ganaban lo perdian los otros. Los males de la depreciacion no terminaron con la guerra, puesto que se han transmitido hasta nuestro tiempo; y no se crea que el verse privados muchos legislativamente de sus bienes fuese el mayor de los perjuicios ocasionados por la depreciacion del papel, pues la iniquidad de las leyes estravió á muchos ciudadanos haciéndoles perder su amor á la justicia.

El carácter de las obligaciones cambió de tal modo que el hombre mas honrado, sujetándose á los principios que venian observándose, dejaba de pagar puntualmente sus deudas; y las leyes que el gobierno dictara para que nadie faltase á la honradez en las operaciones comerciales se desatendieron por completo. La verdad, el honor y la justicia fueron atropelladas por la iniquidad legal, y aun no han recobrado su primitivo vigor. El tiempo y la industria han reparado en gran manera la pérdida de los bienes que los ciudadanos defendieron durante la guerra, mas no han conseguido borrar del todo aquellos principios, ni es de esperar que así suceda hasta que se produzca una nueva generacion que ignore las iniquidades de sus padres.

Tal es el lenguaje con que se espresaba el Dr. David Ramsay, aquel excelente patriota, hace setenta años. No hemos alterado una sola palabra de lo que escribió, y recomendamos sus observaciones á la consideracion de aquellos á quienes gusta leer la historia de su patria y aprovecharse de ella.

CAPÍTULO VII.

1780.

LA CAMPAÑA DE 1780.

Sir Enrique Clinton marcha al Sur.—Total de sus fuerzas.—Sitio de Charleston.—Lincoln se ve precisado á rendirse.—Medidas de Clinton.—Actividad de Cornwallis.—El coronel Buford es derrotado por Tarleton.—Proclama de Clinton.—Cornwallis en el mando.—Sus planes.—Estado de los asuntos en el Sur.—Empresas de Sumpter.—El pueblo empieza á cobrar ánimo.—El Congreso confia á Gates el mando en el Sur.—Sus operaciones.—La batalla de Camden.—Derrota y fuga de Gates.—Le reemplaza Greene.—Conducta de Cornwallis.—Derrota de Ferguson en King's Mountain (Montaña del rey).—Los guerrilleros de Sumpter.—Las señoritas rebeldes.—Patriotismo de las mujeres de aquella época.—Lord Stirling ataca á los ingleses en la isla de Staten.—Conducta de los oficiales de Jersey.—Operaciones de Knyphausen.—Lafayette vuelve á América.—Se esperan refuerzos de Francia.—Lentitud del Congreso y los Estados para suministrar sus contingentes.—Carta de Washington al Congreso.—Patriotismo de los ciudadanos de Philadelphia.—Apuros de Washington.—Llegada de la flota francesa.—Disgusto del comandante en jefe.—El traidor BENEDICTO ARNOLD.—Causas que le indujeron á serlo.—André.—Captura de André.—Fuga de Arnold.—Se descubre su traicion.—Causa y condena de André.—Su ejecucion referida por el Dr. Thacher.—Washington reconoce la intervencion de la Providencia.—Cuarteles de invierno.—Apéndice al capítulo VII.—Narracion de las aventuras del sargento Champe, por Lee.

Habiéndose marchado D'Estaing con su flota, segun ya hemos dicho anteriormente, resolvió Sir Enrique Clinton emprender de nuevo las operaciones en el Sur, y confiando al general Kniphausen el mando de Nueva-York, embarcóse á fines de diciembre de 1779 para Savannah, con siete ú ocho mil hombres, un cuerpo de caballería y considerable cantidad de víveres. Sin embargo, poco despues de haberse hecho á la vela estallaron fuertes tempestades que dispersaron la flota de Clinton, averiándola de tal modo que uno de los buques se fué á pique, otro cayó en poder de los americanos y perecieron casi todos los caballos. Hasta el 31 de enero no pudieron reunirse en Tybee, en Georgia, los restos de la expedicion.

El jefe inglés esperaba que podria atacar la capital de la Carolina del Sur antes de que hubiese tiempo de preparar la defensa, pero como Clinton tuvo que detenerse en la costa de Georgia para reparar sus averias, los carolinos tuvieron tiempo de tomar las oportunas medidas contra el ataque que les amenazaba. El general Lincoln y el gobernador Rutledge hicieron todo cuanto les fué posible para poner la ciudad en estado de defensa, pero tuvieron que luchar con tantas dificultades, tales como la falta de tropas, la poca voluntad de la milicia, el temor á la viruela que afligia entonces á Charleston y la falta de fondos y refuerzos que debia mandar el Congreso, que vieron era imposible impedir la llegada de los ingleses. A pesar de todo esto pusieron á trabajar seiscien-